MIGUEL LUESMA CASTAN

EN EL LENTO MORIR DEL PLANETA

INSTITUCION «FERNANDO EL CATOLICO»

ZARAGOZA

1972

MIGUEL LUESMA CASTAN

OBRAS:

Sólo cincunferencia, colección "Poemas", Zaragoza 1965.

Poemas en voz baja, colección "El Bardo", Barcelona 1966.

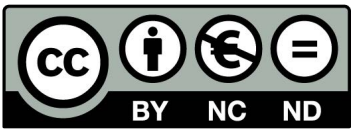
Riglos, Pliego de Poesía Aragonesa, Institución "Fernando el Católico" (CSIC), Zaragoza 1967.

Las Trilogías, colección "Nudo al Alba", Barcelona 1968.

Sembrando en el viento, colección "Alamo", Salamanca 1971.

En el lento morir del Planeta, colección "San Jorge", Zaragoza 1972.

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/0565



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- BY (Reconocimiento): Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

- NC (No comercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.

- ND (Sin obras derivadas): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

EN EL LENTO MORIR DEL PLANETA

Colección "San Jorge"

4

Premio

«San Jorge»

1971

MIGUEL LUESMA CASTAN

EN EL LENTO MORIR DEL PLANETA

Institución "Fernando el Católico"

Zaragoza

1972

Publicación núm. 521
de la
Institución "Fernando el Católico"

Los cuadros que reproducen las fotografías
son del pintor Torcal

IMPRESO EN ESPAÑA
Depósito legal: Z-240-72

Talleres Gráficos "La Editorial". Coso, 70. Zaragoza. 1972

La Institución "Fernando el Católico" ha concedido el Premio "San Jorge" de Poesía a don Miguel Luesma Castán. Con éste son ya tres los Premios discernidos, y dos, los volúmenes publicados en la colección "San Jorge", de la misma entidad cultural: Rosendo Tello Aína con su libro FABULA DEL TIEMPO abrió la serie, al que siguió, el año pasado, EGLOGA NUEVA DE LA TIERRA PROPIA, de Guillermo Gúdel. Pronto tendremos el tercer volumen con la obra premiada en este año.

Debe decirse en elogio de la Institución lo acertado de la iniciativa, el buen tino en las obras premiadas hasta la fecha y el buen gusto en la edición de las dos publicadas, que han salido con sobria elegancia. Tan buenos comienzos son garantía suficiente para augurar una dilatada y brillante vida a la colección, que puede llegar a ser un corpus representativo de la poesía aragonesa contemporánea. Y justamente en esta coyuntura hay motivos sobrados para saber que se pisa terreno firme, puesto que desde hace algunos años, y acaso ahora más, el cultivo de la lírica en esta ciudad tiene uno de sus momentos más felices. No he de enumerar poetas y obras --es asunto de una tesis en marcha--, pero patente está la existencia de una verdadera escuela zaragozana de lírica, en mi entender no inferior a la de cualquier otra época, con personalidad marcada, sin perjuicio de margen sobrado para la expresión diversa de muchas individualidades. Dicho sea con paz de la Aganipe de cisnes aragoneses. *A lo largo de treinta años corridos he podido asistir al despertar poético en Zaragoza, y he visto cómo lo que aquí se escribe, se edita o se comunica por otro medio, como el del canto, los grupos y revistas más o menos efímeros, y la recepción de un público restringido, pero entusiasta, todo ello en conjunto abonan mis anteriores afirmaciones. Y eso sin contar, que habría de hacerse, con los poetas zaragozanos o aragoneses de nación, pero que viven y escriben fuera.*

Por lo cual bien puede deducirse que el haber alcanzado Miguel Luesma Castán el Premio "San Jorge" de este año, viene sobrevalorado al haberse distinguido el poeta en un medio tan relevado.

Nuestro poeta hoy galardonado no es un caso de escritor sujeto a esa especie de sarampión lírico que tanto suele darse en la primera adolescencia, sino que ha accedido al cultivo de la poesía con vocación madurada, gusto sazonado y no sin una dosis de experiencias vividas, reposadas y decantadas en la memoria y por la reflexión. Su formación ha sido la del autodidacta, diría que la más auténtica y radical.

Nacido aquí, en Zaragoza, en 1929, publicó su primer libro de versos, SOLO CIRCUNFERENCIA, en 1965, en aquella colección Poemas *(núm. 4) que sostuvieron Luciano Gracia y Guillermo Gúdel. En 1966, la muy escogida colección* El Bardo, *de Barcelona, le edita sus POEMAS EN VOZ BAJA. Con su obra LAS TRILOGIAS obtiene un accésit en el Premio "Carabela de Oro" (1967) y se le publica en Barcelona, haciendo el número 33 de la serie* Nudo al Alba *(1968). Todavía tiene en prensa otro libro, SEMBRANDO EN EL VIENTO, que está a punto de aparecer en la colección* Alamo, *de Salamanca. Pasos contados, seguros, sin apresuramientos ni desmayos, vistos ahora con la próxima perspectiva de seis años, nos dan una primera nota acerca de Luesma y de su condición de escritor sereno y responsable. Lo cual no es, por supuesto, calidad establecida para su obra; pero sí algo que merece retener nuestra atención hacia un cierto modo de entender el quehacer literario como entrega seria y exigente, en espera alerta y vigilante. Ya se sabe que el genio, cuando se da, ha sido resultado de una larga paciencia, según el dicho conocido.*

Por su profesión, el mundo de los números y del dinero, no era presumible suponer una congruencia con la afición poética; pero si quitamos a la palabra "aficionado" toda la ganga banal del uso moderno, si le restituimos su sentido clásico: afición, aficionado; igual, amor, enamorado, entonces debemos decir que Luesma es poeta de y por afición, nada menos.

Claro que todo esto va dicho no por vía aproximativa o de conjetura, sino como resultado de comunicación con su obra toda, sea el que fuere el grado de acierto en estas apreciaciones someras, pues no parecía del caso, ahora, repasar toda su obra anterior y seguir su trayectoria, salvo en el resumen apuntado.

Ha de ocupar mi atención y la vuestra, amables lectores, el examen del libro que ha valido a su autor el Premio que se le ha otorgado. Se trata de EN EL LENTO MORIR DEL PLANETA, donde hay evidentemente una inspiración suscitada por esa fabulosa aventura del hombre actual en su salida al espacio exterior, en su primer contacto con el cosmos extraterrestre. Si el asombro fue el comienzo del saber, la maravilla lo es, en buena parte, de la poesía, y sólo a falta de saber decirla. No es cosa de más. Ahora bien, la grandeza de lo cantado o su excepcionalidad llevan

consigo prendas de calidad para la obtención de un objeto bello en el poema. Pienso más bien que son los objetos y sucesos más inmediatos y habituales, vulgares en apariencia, los que nos están advirtiendo de que la maravilla, el milagro nos rodean en todo momento: las palabras que decimos y escuchamos, el ojo que ve y es mirado, la mano que palpa y vive, ¿no tienen más misterio, no son más milagro que las más fabulosas adquisiciones de las técnicas? Pero lo cotidiano, por serlo, se nos escapa a la contemplación pura y nueva, si no es que, más bien, acudimos al amortiguador de la costumbre para no enloquecer en un continuo trance asombrado.

Desde el umbral del libro que comento, en el poema en prosa Caminos espaciales, *nos sorprende la poderosa capacidad de visión, levantada y sostenida en vilo por una lengua poética que mantiene el tono congruente con la hazaña. Y así en* La creación, *en* Paisajes cósmicos, *donde la palabra compite con la capacidad expresiva de la pintura, en valiente emulación con los cuadros del pintor Torcal, aquí reproducidos y en los que, pese a la falta de color en las reproducciones, se asiste al nacimiento por el fuego y la explosión de una materia primigenia, sujeta a las fuerzas del caos todavía. Hay, en efecto, una correspondencia entre figuración formal y expresión por la palabra, y no solamente por el tema común, sino por el modo de tratar la materia en cada forma. Luesma, sin sujeción a metro o rima tradicionales --lo que no es nuevo en su obra--, crea por sugestión tanto como dice la desconcertante confusión de la materia antes del cosmos.*

Pero tanto da que el poema sea de otra naturaleza. Luesma evita el halago de sonoridades premeditadas y deja que su verso fluya y discurra por el juego recurrente de las imágenes, haciéndose su propio camino y su ritmo necesario. Se trata de un ritmo interior, anterior a los esquemas verbales sonoros y nacido con la fantasía creadora.

En otras composiciones canta a la Aventura espacial, *a* Armstrong pisando la Luna: *poesía de circunstancias, pero en el sentido de Goethe.*

La vida actual también le llama, como en su poema Hippy, *por lo que tiene de actitud humana, que el poeta esencializa y dota de mucho más hondo alcance de sentido:*

"Hombre, regresa, vuelve
a ser hippy, a ser niño, a tu raíz de antaño purísima de llamas,
a tu barrio, tu casa,
a tu ser ya olvidado,
porque de nuevo puedas mirarte en los espejos."

Bien se entiende, y se comunica por vía intuitiva, que aquí se apela a la constante solicitación de un ideal de pureza y libertad, tan constantes como inalcanzados por el hombre.

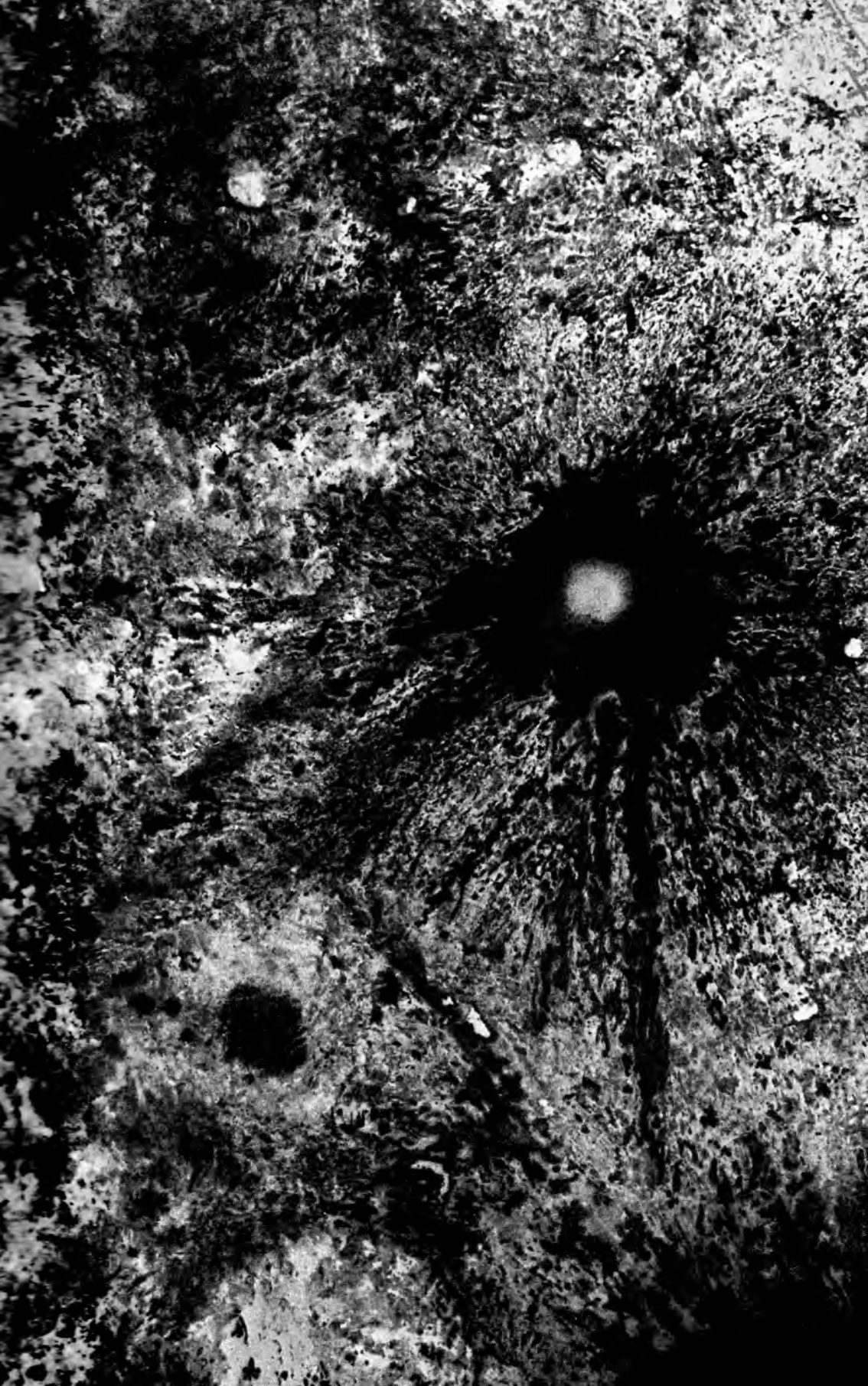
En otros poemas son amigos: Francisco Pons, el librero que todos hemos conocido y estimado; Miguel Labordeta, el gran excitador de la poesía zaragozana, lo que evoca en nobles acentos elegíacos. Otras veces se arriesga a cimas metafísicas o habla con ese que llama Dios pensado y deseado, *espléndido poema con que cierra el libro.*

He aquí unas notas, un índice sobre este hermoso libro de un poeta doblemente zaragozano, por naturaleza y por filiación lírica, por amor también.

El que la Excma. Diputación Provincial de Zaragoza a través de su Institución "Fernando el Católico" honre a este escritor, como a otros ciudadanos distinguidos en el año, es claro que viene a redundar en su propia honra, como promotoras morales y avisadas escuchas de los valores del espíritu en la tierra.

FRANCISCO YNDURÁIN

Abril 1971.



Caminos espaciales

VIAJEMOS en el tiempo, retornemos al futuro anterior, desgarremos el velo de lo inverosímil, crucemos, sí, crucemos los negros túneles del mañana, crucemos el mar de los aerolitos, busquemos una cuarta, quinta o sexta dimensión.

Viajemos confiados desde las civilizaciones desaparecidas a las civilizaciones que vendrán; desde el pasado dormido al posible después, desde el sueño con células a su aborto final. Viajemos, sí, viajemos por rayos dilatados y relámpagos huecos, por negras superficies y océanos vacíos, bajo el estaño de la noche, sin ruedas ni derrumbes, bajo el enorme cauce de los átomos, en nuestra propia nave que aún brilla en la oscuridad, hacia el gesto olvidado de los dioses.

Remontemos el río de los muertos, surquemos sus calzadas espectrales, proyectémonos, instalémonos en ese paréntesis, incendiado de sol, que se abre inútilmente entre dos nadas.

Hemos construido grandes robots, aparatos mágicos, bombas que explotan, cohetes que parten. Hemos acuñado fuerzas formidables. Tendamos, ahora, nuevos puentes, conquistemos el océano entero, entrecavemos sueños, busquemos, sí, busquemos lo inmemorial del tiempo, la nave primitiva.

Busquemos la total unidad armónica, su poderosa prolongación. Mastiquemos el grito de la fuente, dejemos que nos cubra la escarcha de la nueva palabra. ¡Soñemos!

Si deseamos ir a Marte o dominar el tiempo, si queremos situarnos a escala cósmica o a muchos años luz de nuestra gran tumba planetaria, traspasemos los límites de la imposibilidad, busquemos tras el muro, tras la atmósfera; lancémonos más allá de lo concebible.

El misterio del hombre, del Universo, es de ocultación, de fuego, de trompos disparatados. Montemos en la escoba que está en el guardarropa, convirtámonos en brujos, hagamos el milagro. ¡Soñemos!

Donde el cuadro termina, aún quedan la escarpia y la pared. Más allá, cuando el zapato se rompe, aún siguen existiendo los caminos. Tras esa piedra donde el silencio reposa aún hay un mundo esperándonos.

La creación

Al pintor Luis Marco

CUANDO todo fue hecho, en el principio,
antes del tiempo, antes de consumarse el espasmo primero que dio
vida a los astros, miles, millones de estrellas,
de seres aún no engendrados,

yacían juntos en un mismo océano,
en un mismo vientre,
componían una misma unidad.

Cuando todo fue hecho, antes de ser la tarde, el crepúsculo,
antes del hombre,
antes de hacerse, siendo, las galaxias, los mundos, entre ruedas
de azul, silencio, sombras,

roto ya el gran átomo, naufragados
todos sus capiteles, sus ventanas, como un vértigo,
quebráronse en su corteza, rompiéronse en su interior;
habían sobrepasado un punto donde no pudieron aumentar más,
habían rebasado su límite
y estallaron.

Estallaron como si miles y millones de hongos o bombas atómicas,
como si miles y millones de quasars, ebrios de libertad,
estallasen a un mismo tiempo.

Como un impulso mágico, ya iniciado,
como un "do" sostenido de músicas totales, libre ya de su cáscara,
como desabrazándose,

un empuje brutal desplazaba los fragmentos impulsándolos hacia
el abismo.
Había nacido el Universo.
Eran ya las estrellas.
Era el principio

Oh, sí, hoy, 1970, mayo, el Cosmos, la Humanidad, los pájaros; hoy
todo transcurre, permaneciendo, agrandándose siglo
a siglo,
segundo a segundo,
molécula a molécula.
El Cosmos, ese gran nido de misterios, ese gran galeón astillado,
donde el amor es fuego, donde la vida es muerte, donde el sueño
es un tránsito, entre Dios y la noche.

Y esa copulación, ese silencio,
seguirá extendiéndose, extendiéndose
como un clarión deshecho o vaso roto,
como un himno sin voz, en lejanía.

ML-41-70. Visto desde otra dimensión

HAS venido a buscarme desde tu otra dimensión o esfera.
Nunca fuere tu asedio tan sin límites.
Fue en las horas sin nombre que dan luz a mi sueño.

Al fondo, gruesas nubes, abriéndose en mil charcos, cabalgaban
la atmósfera, como potros salvajes.

Sobre mi piel, el aire,
codicioso de sueños, anudado en mi mente, daba sombra al suceso.
Tú, envuelto en azabache, cimarrón;
tú, sin tierra, sin contenido humano, con las palabras rotas,
sin imagen, sin contorno siquiera,
has venido, llegaste;
tal vez, sin proponértelo, fuiste siendo en mis noches, por lunas
rencorosas y vientos amarillos, por invasiones verdes,
y espumas, y dibujos,
fuiste mi yo, mi doble.

Extraterrestre lógico, nacido en mi memoria,
sequía acantilada con vértigos de nube,
tú, residuo;
habitante galáctico del Sol, tal vez de Venus, fuego desovillado,
echado, como roto, a la infecunda fosa de los muertos, cobaya
inabordable; tú, de papel, de trapo;
hoja caída al suelo,
alfombra,
consumiéndote.

No has tenido una madre, ni tuviste bautizo,
ni habrás de ser escombro, ni estiércol, ni ceniza.
Nunca tuviste sexo, ni edad, ni pasaporte.
Nunca tuviste nombre, aunque yo te recuerdo surto en mis pesadillas:
pienso seas el humo
de mi otro yo, partido
hacia el vaho lunar, como en un trueno.

Ahora en el profundo fondo de mi memoria,
en mis mapas insomnes, por sombras desvelado,
cabalgarás los ecos de un ayer que no existe.
Tu rostro, sin orillas, anegado de edades, será tras el difuso diafragma
que te oculta,
será como yo mismo, siendo o no siendo el doble,
la huella o la mentira
de mi otro yo en lo eterno.

El aprendiz de alquimia

A Manuel Rotellar

ERA un hombre perdiéndose en sus sueños, sumergiéndose;
perdiéndose en la noche
entre el eterno origen y el eterno destino, entre Dios y la idea
de su cielo o la nada.
Era un hombre sin huellas, sin imagen, sin rostro en el recuerdo.

Cuentan las viejas crónicas
que se compró una idea, que la hospedó en su mente,
que la sentó —nos dicen— dentro y fuera del tiempo
y del espacio.

Y solo ante la fragua.
Y solo ante los gritos sin voz de los metales,
con su rayo de luz hecho de tierra, su Torre de Babel hecha milagro,
con la rabia enlutada de su elíxir,
dando vida a su escombro, con su voz más reciente,
daba vida a su sueño, a sus más nuevas fórmulas.

Y pasaron semanas, setiembre y el otoño.
Y pasaron los años, los trenes, los crepúsculos.
Y la Tierra seguía dando vueltas,
y el Sol, gorrión incandescente, con su río de luz por donde viajan
las músicas de fuego, los iones, los panes
cotidianos,
seguía dando vida, también muerte, seguía, sí, refunfuñando,

siempre enfadándose,
siempre rugiendo altivo
en el paisaje azul del Universo.

Hasta que un día el hombre,
extático en el tiempo de las hojas, tras su fuego, su azufre
y su mercurio,
fue olvidándolo todo: el paso de los trenes, lo impalpable,
la pulpa consumida, todo lo que tomara siendo adulto,
todo lo que vertiera
en su vaso de barro.

Y se dejó llevar hacia la noche.
Y fue su lecho un surco hecho de tierra.
Y fue su propia imagen viajando hacia otros mundos, doliéndose
de ausencia, de siglos, de cansancio,
como un fulgor sin llamas, como un planeta mínimo,
como un ión que flotase
dentro de lo absoluto.

Mis planetas mínimos

A Alfonso Zapater

ACONTECE en la vida que hallo muertos. Acontece en mi sangre,
en sus canales,
que otro de mis planetas se ha dormido. No sé, no lo comprendo;
anhelaba vivir y, sin embargo,
se ha dormido en mi pecho, se ha dormido.

Y sus cenizas caen como un plomo, como un sueño
en la muerte,
y sus alas de arcángel desvanécense
en el viejo acueducto de mis órbitas.

Yo fui todo su cosmos, soy su tumba; fui su dios-pensamiento,
su dios-término;
pobre glóbulo rojo, pobre cuerpo
rondándome el recuerdo, la ternura.

Su punto Omega es ahora mi futuro
en el atardecer de los caminos, partidos hacia el Norte, inaccesible
Universo fantástico de estrellas
iluminando sueños de la tarde.

Náufrago por mis venas, mi andamiaje, con el cuerpo gastado,
pobre amigo
amándome
y amándose sin término, duende de la ternura que me baña,
pequeño ser volátil, mi planeta.

Perdido tengo el mar, perdido el vuelo de tu cuerpo purísimo;
en derrota
perdido tengo el tiempo, luz nacida,
silenciosa ternura que me dabas.

El Universo es triste, triste el ciclo de los astros, los hombres
y sus células;
la vida es casi nada, quién lo duda;
el tiempo nunca es tiempo: es la costumbre
de contar nuestros días muerto a muerto.

¡Qué angustia da saber que ya no existes!
¡Qué pequeño mi cuerpo, tu universo!

Poema hippy

LA noche astral, techumbre de enormes chimeneas, me hace amar
la blancura de la nieve cayendo
en árboles, en ríos, en ciudades anónimas.
Y canto en el lenguaje de los pájaros, canto
y bailo con los sueños
que edifican su espectro en mi memoria.

Las nubes enlutadas se desvisten de lluvia.
Hoy recuesto mi frente sobre el dolor del mundo, sobre el dolor
de todos los hogares humildes, sobre todas las manos ecuménicas.

Abro mis ojos limpios ya de lágrimas;
los clavo en los espejos que me acechan con sus caricaturas,
con sus repeticiones de mi yo deformado.
Y entre vírgenes bailo salvando en cada instante
el futuro inmediato de mi actual contextura.

Por miedo a odiarlo todo, mis labios estremécense;
protestan, se interrogan
en la ceniza, el barro, en la cuarta materia de sí mismos.

Y grito con más fuerza, como aldea asolada por lluvias y huracanes,
y grito y mando: "callen", a los insignes próceres,
a los sabios que cruzan los andenes del tiempo
y a los que pintan muerte con banderas en mapas.
Y grito y mando: "callen",

rompan ya sus discursos, no más cruces, más lanzas hiriendo
los costados.
El viento de la muerte dueño del Universo
olfatea cadáveres porque de ellos se nutre.

Porque siempre hay un náufrago, roto de llamaradas. Porque
siempre hay un hombre, primate y harapiento,
nebuloso de lágrimas, de trompetas, de caos.
Su ciego dios, su orgullo, blasfema sumergiéndose; se silencia,
se rompe en todos los asfaltos,
en todas las edades ávidas ya de abismo.
¡Hay tanta voz sin vuelo, tanta espuma sin olas!

Hombre, regresa, vuelve
a ser hippy, a ser niño, a tu raíz de antaño purísima de llamas,
a tu barrio, tu casa,
a tu ser ya olvidado,
porque de nuevo puedas mirarte en los espejos.

Paisajes cósmicos

Al pintor Torcal

TE contemplo junto a estepas ignotas, en las nubes de Venus,
los canales de Marte;
en los atardeceres,
cuando el Sol ya es visible al otro lado del mundo,
junto a rutas perdidas, sin gravedad ni aire, donde el hombre
construye su sueño extraterrestre,
donde el hombre se siente más entero.

Te contemplo en tus cuadros, atravesando mares, en tus mapas
más íntimos, extensos horizontes abiertos al mañana,
trazados por la mente,
nave impulsada por tus sueños.
Junto a grandes galaxias, sobre raudos cometas, escalando
las cimas más agrestes, las mesetas más altas,
los pasillos más negros e infinitos.

Como un nuevo Cyrano, Torcal, te haces Quijote; como un brujo
sonámbulo,
invades los andamios de la noche,
y aportas tus ladrillos más precisos a la Babel más nueva
y orgullosa.

La materia es un cáncer que le nació a la nada; astros viejos, canales,
placentas siempre en marcha, esconden, tras sus círculos, la fuerza
necesaria para dar vida al hombre.
En la selva de asfalto ruges como los tigres.

Miguel Luesma Castán

A veces es la noche.
Hijo de las estrellas, imaginas
los grandes huracanes, te construyes
tus propios cataclismos.
Paisajes, sin atmósfera, nacen de tus pinceles, te recorren las venas y la sangre
dando vida a tus sueños de emergencia.

Cerca el amor, la vida, la enfermedad, la muerte;
más allá el Universo, los enigmas,
los dioses.

Como Icaro ya en vuelo, tras su metamorfosis,
atraviesas sesgando las columnas de Hércules.

Marte es una barcaza en el vacío inerte, semáforo que gira
en la alcoba del Cosmos.

Venus, largo camino, larga sombra que se abre al infinito,
puerta grande.
Saturno es arropado por locos asteroides.

A veces es la noche, la noche que desciende, mordiendo tu esperanza,
sobre tu mar sin nombre.

A la perra «Laika»

TUS huesos nos acusan, nos maldicen, nos roen, como un trueno,
como un mar de preguntas, encrespándose.

Desgarramos la nube última de la atmósfera, te perdimos, te dejamos
a merced de los astros,
te dejamos
tendida,
en un bosque tan negro, tan sin árboles,
tan poblado de nadas superpuestas...

Como el péndulo roto que marca un solo instante
tus pasos se han hundido
en el cerrado cerco de la noche,
y a veces me pregunto si tu viaje fue un sueño, si tal vez no giraste
en torno a nuestra Tierra,
si tal vez no fue cierta tu aventura.

A veces me pregunto
si las más altas torres o los más altos pájaros, si los más altos cielos
o los más altos ángeles,
tendrán profundidad para guardarte.
Y aunque ahora andes perdida como un fragmento más de roca
o nube,
ahora sabemos todos
que el ventarrón solar es tu gran tumba.

Sabemos que son negras las baldosas del cielo, que de pronto
ya no eres cuando una luz se apaga;
que en el espacio infértil una nave fatídica
sigue abriéndonos rutas con tu cadáver dentro.

Y aunque el hombre empasquine con palabras tu olvido, aunque
luego lo riegue con toda su ternura,
cuando llegó la hora
nadie posó su mano sobre tu piel terráquea, sobre tu boca humilde,
puerta abierta al ladrido, ahora anegado
por el denso oleaje de la muerte.

Tras la fricción del tiempo, el proyectil se escapa.
Y tú también partiste de tu base terrestre; y el sueño tomó cuerpo,
se hizo imagen,
fuego, barro, ceniza;
ventana desplazándose, adentrándose huida
en los más altos mástiles o en las más altas bóvedas.

Con ternura de incendio en tus escombros, con olvidos que alcanzan
los más altos niveles,
tu destino es hundirte, andar sin pasos
por ese mar de estrellas que ahora habitas.

Aventura espacial

ENTRE un todo que pasa, evolutivo; entre un todo que nace,
se reproduce, muere;
mientras el hombre ajusta sus esferas pensantes al carro de sus sueños,
una nave en el Cosmos
cubre en estos instantes
sus últimos kilómetros.

Nuestra sed de aventura, mutación o despliegue,
y también nuestros ojos, espías apostados ante fijas pantallas,
más allá del asombro,
vadean el espacio.

Bajo aires migratorios, detras de las ventanas, visible en los hogares
donde el amor se oculta,
la ciudad guiña luces.
Más allá de las lluvias, del miedo y los espíritus,
entre abismos inmensos, disfrazados de nube, entre el día y la noche,
simulando el anillo que rodea a Saturno,
vencimos a la Luna.

En la Tierra hace frío, es Navidad y hay nieve.
Sigue el hambre en los "ghettos",
sigue, sigue la guerra, propagándose.

Nuestros magos de fósforo, nitrógeno y potasa
se han saltado el abismo para que el hombre
triunfe sobre su talla mínima,
para que vuele a grupas sobre los cien caballos de su sangre caliente,
sobre el páramo inmenso de la atmósfera.

Irrevocable al tiempo,
en el espacio fósil, en ese otro planeta donde el peso no alcanza
a ser él mismo, donde el hombre se siente más pequeño,
se hunde como en la nada nuestro grito.

Y de pronto, amanece: es la hora del mundo. De pronto
pasa el tiempo, apelmazándose.
De pronto todo se hunde,
atrás, en el abismo,
y duerme la ciudad
como otras noches.

Armstrong pisa la Luna

Y ahora, el hombre solo, consumido de sueños, consumido
de círculos, de tiempo, de ilusiones;
habitante galáctico de su propio Universo,
solo en la gran incógnita
de las galaxias múltiples.

Y ahora, el hombre cósmico, como fuego adentrándose,
perdiéndose en la noche
recién acumulada, en espacios abiertos por nueva luz, nacida
a imagen del Sol mismo, hecha de barro y lumbre.

Y ahora penetrando los vientos no habitables, los asombros
más nuevos, las nieblas más sin límites;
penetrando
las dunas de lo mágico, abierto
a todos los futuros.

En aldeas y pueblos, cuadros abstractos —¡lástima!—, niños
hambrientos, muerte.

En Laos y Camboya sigue oliendo a petróleo.

¡Oh, júbilo solemne!,
ahora, en este instante, el polvo de la Luna es pisado por Armstrong;
igualmente mis sueños, con sus voces de nube, con sus monstruos
goyescos y sus pasos ingrávidos,
en un lagar de ausencias, todos pueden quebrarse.

Todo puede ser, siendo, un espejismo: vida, sueño, antisueño
o muerte,
mañanas sin maleza o ríos apagándose.

Es el triunfo del hombre sobre su propia incógnita, es el triunfo
del hombre sobre su propio límite.
Proyectada en ocasos, por caminos de pájaro,
esa luz que nos llega,
llega ofreciéndose;
y ese cuento en las manos o aquel mar en la frente,
la gran jugada aurífera por la que lucha el hombre.

Pero, ahora, bebamos, brindemos por la técnica; sin sótanos de odio,
sin míseras raciones, sin lagunas ni escollos,
hagámoslo costumbre,
soñemos que no hay miedo;
que no hay guerras ni cólera, ni lepra en las ciudades.

Esperemos que nazca, naciendo un nuevo orden.
Esperemos que todo sea un gajo de rosas, un latido armonioso
o un fruto incorruptible,
que todo permanezca, en el pozo del tiempo,
como ese amor que nace, ternura eternizada
que muere,
perpetuándose.

El hombre metafísico

A Benedicto L. de Blancas

EL hombre ama sus ruinas, ama los bellos labios modulados, fecunda,
vive el otoño de la ciudad, se fatiga,
se pierde, poco a poco, en la fragua de las edades,
y devora el asfalto.

El hombre es un fin sin fin, un camino, una sombra que rima
su voz con los solsticios,
un número enclavado
entre dos grandes márgenes, entre dos grandes franjas,
entre dos grandes ceros
no binarios.

Como el rumor del agua que corre entre peñascos, entre la fuente
madre
y los caminos muertos, como el rumor del día,
sonámbulo de soles,
con las velas quebradas
y los mástiles rotos, después de muchas lunas,
vuelve al mar.

Desde siempre, en el vagar sin puerto de los astros, sangre y labios
se besan,
fuego y hielo se atraen, se cercan, se repelen,
reposan como troncos en su soñaduría,
se borran, se desvisten, se afincan en lo eterno
como instalándose.

Desde siempre, amplios gestos mutables, amplias reencarnaciones,
etéreas rutas cósmicas,
transbordadores múltiples de subida y bajada,
migratorios le esperan
entre la nueva aurora y el grito de la noche.

Chispa fundida por los dioses, rayo fundiéndose asimismo,
borrándose, aparcelándose
tras las puertas del tiempo, tras su propia galaxia,
con sus sueños de estaño o sus olvidos últimos,
perdiéndose en las rampas del miedo
y de la noche;
igual que un eco de radar, rebota, desanda su camino, se duerme,
se desnuda,
se derrama en el charco sangrante de la ausencia,
y degusta su muerte.

El hombre es hijo del misterio,
es sol y agua;
germen, barro, sendero;
antorcha que se extingue como hilvanando enigmas,
sangre que se clausura como tejiendo épocas;
sueño borrándose,
perdiéndose en la arcilla apagada del tiempo,
en el andén exacto del olvido.

Elegía por Francisco Pons, decano de los libreros zaragozanos

ESE tranquilo techo de tierra que te cubre, ese punto final
de tu andadura,
esos libros a los que tanto amaste,
concretan tu presencia en mi recuerdo.

Esa niebla que cruzas, esas sombras,
ese rumor de muerto impenetrable, esa quietud eterna, ese extinguirte
día a día entre soles y relámpagos,
me lleva hacia lo oscuro, hacia tu noche,
hacia el asombro seco de tus ríos.

La muerte siempre anida desiertos y crepúsculos.
Todos los gritos posan junto a tu pecho ahogados. Todos seremos
nadie
en una lumbre helada,
que arderá eternamente
con nuestro olvido inmenso.

Por la escalera rota del ayer te nos fuiste;
tu cuerpo fue dejado en el cemento quieto;
ya estás en sus estantes como un libro olvidado
en su propio bastión
inexpugnable.

Rastreando tus pasos, hoy hundidos en la quietud furiosa
de tu aliento,
ese polvo de estrellas que te cubre
deshabita la imagen de tu barro.

Sin arder nos hacemos de ceniza, sin raspar la cerilla
nos quemamos, sin querer sepultamos
nuestros sueños
en el fuego común que nos consume.

Adiós, amigo Pons;
del Cosmos vienes;
por ritmos sin edad hacia el mar partes;
después de muchas lunas, a lomos de los tiempos,
año tras año, sonará tu nombre,
siglo tras siglo correrá tu sangre
por el dolor abstracto de mis lágrimas,
por el repliegue eterno de tus párpados.

Ruego a Dios por Felipe Bernardos

RECIBELO en tu casa, en tu vértigo,
en el mar impreciso de tu lluvia. Su sangre se ha esparcido
por caminos no hollados
y no tiene memoria de tu puerto.

Recíbelo en el mástil de tu libertad plena,
en las ramas que parten de Ti mismo. Recíbelo en el surco
del corazón de Cristo,
o en un lugar, al menos, donde haya sol y pájaros.

Recíbelo en el patio violento de tu fuerza,
donde nacen estrellas que agujerean la nada. No le dejes,
no agraves su vacío con tu latir sin notas
ni repitas el eco de su muerte.

De las simas profundas donde termina el Cosmos
surgirá como un túnel al final de la senda.
Recíbelo a la mesa de todas tus respuestas
y en tu escaño de siestas apacibles.

Te pido que lo guíes, que le marques con flechas un camino,
que le ordenes al guardia de la esquina
que no le cierre el paso cuando llegue.

Sé que habrás de librarle de su tierra de encima,
de su historial de muerto y sus bosques de negro,
sé tendrás que arrancarlo, con tu yunta de siglos,
de ese surco baldío que lo cubre.

Con la brújula rota se marchó ayer mañana
hacia nuevas auroras que no desembarcaron;
no le dejes que vague indefenso y sin señas
o se extravíe solo por poros infinitos.

Te pido lo recibas. No digas que no puedes,
no digas que no estás o que allí es fiesta.
Recíbelo en el cauce de todos tus planetas
y en el vaho o ternura de tus ríos.

Elegía por Miguel Labordeta

ES la tarde, sí, la tarde,
y aunque todo esté escrito, aunque este mismo poema tal vez
había sido hace ya mucho tiempo, proyectado
en una secuencia I B M,
tú has muerto, has muerto y nos esperas, nos esperas en tu
propio asteroide,
en el olvido, al otro lado de la lluvia, en cada estación
y cada pájaro.

Tú nos esperas por sombras esposadas y equinoccios monótonos,
por arados antiguos y cauces incumplidos.
Miguel, tú nos esperas, nos esperas al otro lado de la vida,
de la presa, del tiempo,
bajo todas las raíces y plantas, bajo todos los montes
y huracanes.

Aún siento tu violento sudor cósmico avanzando por pasillos
interminables, avanzando
por entre miles de millones de voces planetarias, perdiéndose
por entre corrientes nebulósicas y mundos fragmentados,
en un paisaje
donde nadie ha podido cavar su propio sueño.

Hace algunos minutos que dejaste colgada tu sonrisa como ofrenda
a esta tu confusión total,
a este extrañarte de tu propia presencia, en el momento

en que un hombre, un poeta, se encinta con la tierra,
cruza el río, se pierde, e inconsciente o consciente del sí o el no
de Hamlet,
se remansa en su muerte.

Y de pronto, cuando volabas alto, cuando ya nada te era reversible,
has visto que tu sueño no era un sueño, que tus horas se llenaban
de péndulos, de nieblas enmarcando tu silencio.
No pudiste hacer memoria del minuto,
ni decirnos hacia dónde dirigías tu nave planetaria.

Tal vez desde tu altura no viste que la Tierra es un bello
planeta azul,
ni que todos sus árboles siguen durmiendo en la noche de fuera,
que la Luna es de un color clarión grisáceo,
y que el reloj del tiempo, de tu tiempo,
también se ha detenido a una orden de la máquina.

Si todos tus amigos pudiésemos llenar de versos tu recuerdo
y con abrazos derribar tu muerte...

Miguel, fue cruel tu aventura. De pronto,
se me ha incendiado de asombro el hollín de las lágrimas.
De pronto, ya no estás.
Creo sentir una fatiga incontenible,
y que me faltan tu risa y tu palabra.

Hablando con Miguel

HOY voy hablarte, sí, Miguel, hoy voy hablarte.
Hoy voy hablarte de Universos, de nuevas entes, formas, de una,
siempre, nueva metamorfosis,
de los seres perdidos en milenios,
de otros mundos y cuartas dimensiones.

Hoy voy hablarte desde este hombre que habito, desde este hombre
que sufre y se fatiga,
desde esta tumba insoportable;
me duele la estatura de mi siglo
biológicamente.

Hoy tus fronteras fueron abatidas.
Tu silencio nos narra el peso exacto de la muerte, el peso infértil
del planeta.
Tus palabras se hundieron, derramándose.
Grandes ecos, grandes transmutaciones, grandes charcos de sangre
coagulada,
errantes en el tiempo y el espacio,
más allá de la física,
te describen.

Hoy el tiempo deshace tus peldaños, destruye tus tabiques,
tu armadura,
y en el recuerdo tu recuerdo quiebra
los breves cuadros de pasadas tardes.

Me refiero a tu viaje, viaje ingrávido, a tu nueva escalada hacia
el origen.
Me refiero a tu sueño, sueño intrínseco, que se viste con polen
de futuro.
Mi grado de emociones se funde con tus árboles.
Voy bebiéndome el tiempo en vasos de ceniza.
Se desploma tu imagen como una ciudad rota.
Me refiero al alcance de fuerzas invisibles.

Todo existía en el principio, todo: tu Valdemar Gris, tu Berlingtonia,
tu mocosuela —como tú la llamaste—, la mujer más bonita
del mundo, tu enemiga; tus hermanos, tu madre...
La muerte está ligada al Universo.
Escuadrones de soles vagabundos, sangrantes, como escombros,
como escombros sucumben, apagándose.

Hoy voy hablarte, sí, Miguel, hoy voy hablarte
en idioma galáxico:
tal vez esté ocurriendo tu viaje extraterrestre; tal vez, ahora,
te encuentres en tu segunda órbita.
Aún siento hambre de Dios cuando te pienso.
Aún pienso que estés vivo, eternizándote.

Dios pensado y deseado

A Guillermo Gúdel

DESDE mi piel de hombre, tristemente, te llamo, desde mi edad azul,
irreversible; desde mi antiguo ser de tierra y agua,
tristemente te busco,
te sueño, te construyo, tristemente te vivo.

Desde el futuro gris de mi ceniza, desde el ser o no ser, ionizado,
de todo lo anterior que me describe;
bajo tu Sol de fuego,
bajo tu Luna muerta,
bajo el vacío inmenso de siglos que no entiendo,
otra vez estoy solo y quiero estarlo, otra vez estoy solo y me
pregunto:
¿por qué el dolor del mundo me duele más que nunca?,
¿por qué la angustia, el miedo, por qué el mañana incógnito?,
¿por qué la vida es rabia aunque no se declare?

Según cuentan los sabios,
la razón es más vieja que los astros. Según dicen los sueños,
la memoria es más vieja que los tiempos;
hace millones de años, y ya vivían hombres,
y yo ya te soñaba,
y yo ya había muerto.

Soy como Tú, el Sol mismo.
Soy como el mar que sueña, que te sueña, soñándose, como párpado.

Soy día,
y noche, y tumba; soy como surco o barro,
como círculo o sombra.

Pero Tú, siempre fuiste un todo, un absoluto, un signo interrogante,
un ser, siendo en abstracto.
Algo como el deseo modelado en mi mente.
Algo como de niño, como un parque con árboles; como de juego:
un trompo.
Algo como un camino bellamente ideado.

Perdona, pero ahora,
desde mi insomnio último, desde mi edad grisácea,
te busco y te conozco, te encuentro y te me pierdes,
te me muestras en sombras, entre nubes;
ahora, lentamente, por huecos planetarios, por dimensiones múltiples,
te vas, te deshabitas
más allá de los astros.

En el lento morir del planeta

EN las tardes-refugio a la deriva, sobre páramos,
aún resonaba el ritmo de labios encontrándose, aún servía
la atmósfera, tal vez, por poco tiempo.
En las noches, la Luna, perdido el equilibrio,
se acercaba a la Tierra
y a veces la tocaba.
Su muerte fue prescrita por las computadoras.

Cuando sobre los montes habitados
tomó cuerpo una breve llovizna de despojos, seres de otra galaxia
atacaron la Tierra.
Grandes robots, mecánicos, movidos desde el aire por los ordenadores
la tomaron;
en los seis continentes se oyó un S. O. S. angustioso,
como emitido a intervalos,
apelmazándose.

Habían ya prescrito las épocas preámbulo de las inteligencias
superiores, de los hombres de fe
y los hombres rebaño.
En el umbral del tiempo, sembrado de rescoldos,
se abrían falsas puertas, inabordables sueños, refugios de un pasado
repleto de silencios, banderas desizadas, que allí, donde hoy
reposan callan presto
en ese olvido donde las dejaron.

Sus pilotos galácticos
soñaban con un inmenso imperio; apetecían
todo cuanto amábamos,
robaban e incendiaban, olvidándose luego
de la muerte y las llamas, surtas bajo el crepúsculo, al igual que un
enorme candelabro, cuyos brazos y sombras se abismaran,
repitiéndose.
En nuestras mentes cósmicas es innegable que al soñar sin sueño,
al estallar la primera y última guerra atómica, sucedíase el tiempo
por espacios azules. Nuestra Tierra, desgajada
en tabletas, como barro, desintegrábase.
La eternidad se iba consumiendo.

Siquiera sea en mi memoria, los tantanes de Dios sonaban fuerte,
mientras el hombre caminaba
hacia su propia destrucción. Leímos:
"SE ESTA APAGANDO EL SOL AUNQUE ES DE DIA".
Y fue ya la catástrofe.

"No, no podemos quedarnos —dijo el último hombre a su fiel
compañera—; no sería prudente ni sobreviviríamos".
La tomó de la mano,
entraron en la cápsula,
y ascendieron al cielo, rumbo a nuevos planetas.
Por el aire llegaba el rugir de motores del último cohete.
En la Tierra la vida había terminado.

INDICE

	Pág.
Prólogo, por Francisco Ynduráin	5
Caminos espaciales	9
La creación	11
ML-41-70. Visto desde otra dimensión	13
El aprendiz de alquimia	15
Mis planetas mínimos	17
Poema hippy	19
Paisajes cósmicos	21
A la perra "Laika"	23
Aventura espacial	25
Armstrong pisa la Luna	27
El hombre metafísico	29
Elegía por Francisco Pons, decano de los libreros zaragozanos	31
Ruego a Dios por Felipe Bernardos	33
Elegía por Miguel Labordeta	35
Hablando con Miguel	37
Dios pensado y deseado	39
En el lento morir del planeta	41

Se acabó la impresión de **En el lento morir del Planeta** el dia 22 de abril, víspera de la festividad de San Jorge.

LAUS DEO

C O L E C C I O N

« S A N J O R G E »

1

ROSENDO TELLO AINA

Fábula del tiempo

2

GUILLERMO GUDEL

Egloga nueva de la tierra propia

3

JORGE JUAN EIROA

Tierra adentro

y

Ese extraño temblor

4

MIGUEL LUESMA CASTAN

En el lento morir del Planeta

5

ANTONIO CASTRO Y CASTRO

Distancias

DIPVTACION·DE·ZARAGOZA·INSTITVCION·FERNANDO·EL·CATOLICO·DE·LA·EXMA·

C. S. I. C.